

En el segundo sentido obró en su cualidad tambien real de redentor y de salvador de los hombres; y como tal, quiso hacerle encontrar en María un refugio y un socorro en los caminos de la salvacion. Y así como en la persona de Jesucristo una cualidad no destruye la otra, así tambien en sus palabras el segundo sentido no destruye al primero. La sabiduría y el amor de Jesucristo supieron unir y combinar estos dos sentidos, así como él habia sabido reunir en sí estos dos caracteres, y cumplir sus deberes respectivos. Es propio de su poder divino y de la fecundidad de su palabra producir dos efectos con una sola operacion, significar dos pensamientos con una sola frase, llegar á dos fines por el mismo medio y cumplir dos designios con una simple disposicion. Nuestra adopcion es por consiguiente tan verdadera como la de S. Juan. Es muy cierto que María le fué dada verdaderamente por madre, pero esto no impide que nos haya sido dada tambien á nosotros con la misma verdad, y que las palabras de Jesucristo contengan tambien el misterio, el acta solomne de nuestra adopcion. (*Vease la nota quinta.*)

CAPITULO VI.

HAY tambien otra regla dada por S. Agustin para la interpretacion de los Libros santos, segun la que no todas las palabras, no todas las espresiones, los incidentes y las circunstancias consignadas en la Escritura tienen una doble significacion.

Hay algunas que no significan mas que lo que espresan literalmente. Ellas sirven solo para apoyar ciertos hechos que son verdaderamente misteriosos; y que, ademas del sentido histórico, encierran tambien

un sentido profético. Por lo mismo, tomadas separadamente solo tienen un sentido inmediato; ellas no tienen un sentido remoto sino unidas al todo de que forman parte. Así es como, dice el mismo Santo, en una cítara solas las cuerdas sirven para el acompañamiento de la voz. Mas para hacerlas producir el sonido que se desea es necesario que estén extendidas sobre la madera labrada de cierto modo y de una figura especial. Aunque esta madera y esta estructura particular no tengan por sí mismas sonido alguno, son necesarias sin embargo para que las cuerdas puedan producirlo. El instrumento se compone de todo este conjunto, y produce sonidos armoniosos.

Mas, cómo se podrán distinguir los pasajes puramente históricos de los que son al mismo tiempo proféticos y misteriosos? El célebre Cornelio de la Piedra dá una regla para poder hacer esta distincion. El observa que algunas veces se encuentran en la Escritura ciertos pasages que tomados literalmente, por mucho que se les quiera violentar no ofrecen ninguna significacion plausible, porque contienen espresiones y circunstancias que no convienen de modo alguno ó que solo convienen en un sentido hiperbólico á la persona ó á la cosa que parece ser su objeto inmediato. Entonces se hace imposible concretarse al sentido inmediato; es necesario pues suponer y buscar en el dicho pasage el sentido misterioso y profético, pues que solo en este sentido pueden las espresiones que en él se encuentran tener una significacion natural, plena y perfecta. De esto tenemos un ejemplo en el libro segundo de los Reyes, en el que lo que se dice de Salomon no es literalmente cierto sino en cuanto á Salomon se sustituye Jesucristo. Así es que cuando un pasage de la Escritura es profético, el texto sagrado lo anuncia por la oscuridad misma y la confusion que ofrece en el sentido próximo é inmediato.

Se puede tambien, para mayor inteligencia de esta regla, citar el salmo cuarenta y cuatro. Este es un epitalamio compuesto con motivo de las bodas de Salomon con la hija del rey de Egipto. El contiene espresiones sumamente elevadas, que tomadas literalmente no convienen mejor á Salomon que á su esposa. En él se dice del Rey que es el mas hermoso de los hijos de los hombres; que por lo mismo le bendijo Dios desde la eternidad; que el mismo Dios es su silla. Hablando despues de la Reina, se dice que su real esposo amó su belleza porque él es su Señor y su Dios, y que recibirá las adoraciones y los homenajes; que toda la gloria de esta muger está interior y oculta; que ella tendrá hijos que serán mas ilustres que sus abuelos, y que ella los constituirá príncipes sobre toda la tierra; que por lo mismo los pueblos la reconocerán por madre, y le tributarán eternos homenajes por los siglos de los siglos. Pues bien, todo esto es demasiado elevado, estas espresiones son demasiado sublimes para que puedan entenderse de Salomon y de su esposa; y si nos queremos limitar al sentido inmediato, el salmo parecerá hiperbólico hasta el exceso, y no tendrá un sentido plausible. El profeta nos advierte pues con tales espresiones que es necesario no limitarnos á la letra; que hay en ella un misterio, que esas bodas son la figura de una union mucho mas noble y mas angusta, es decir de la union de Jesucristo con su Iglesia. Porque solo aplicando estas espresiones á la Iglesia y á Jesucristo se encuentra en ellas una verdad exacta y rigorosa; y la esplicacion del Salmo se hace natural, conveniente y perfecta.

Lo mismo sucede en el Nuevo testamento cuando Jesucristo, despues de haber curado espontáneamente y ser rogado á aquel paralítico que por espacio de

treinta y ocho años padecía en el pórtico de la piscina le dice: Ya estás curado; guárdate de pecar, no sea que te suceda otra cosa peor. Esta circunstancia y estas espresiones del Señor, que parece no dar importancia á la enfermedad corporal con que aquel miserable se habia visto afligido por tan largo tiempo, nos dá á entender que este relato contiene, ademas de una historia verdadera, una figura y una profecía; y que la curacion real de la parálisis del cuerpo significa la curacion de las enfermedades del alma, que debemos esperar de la accion gratuita de la gracia.

Si aplicamos ahora esta doctrina al asunto de que tratamos, conoceremos á primera vista que el pasage del Evangelio que contiene la adopcion de S. Juan, encierra ciertas espresiones y ciertos giros que tomados únicamente en el sentido inmediato no se pueden explicar. Esto debe hacernos conocer que hay en él un misterio oculto, y que estas palabras: *Hé ahí tu Madre; Hé ahí tu Hijo*, ademas del sentido inmediato encierran otro todavia mas notable y mas importante.

En efecto, en él vemos en primer lugar á Jesucristo dar á Maria el título de *muger*, y no el de *madre*. Mas, por qué en unas circunstancias tan dolorosas, por que la última vez que le habla como hombre pasible, no le dá el título de madre que le es debido con tanta justicia? S. Juan tampoco es designado por su propio nombre, sino por el nombre comun de Discípulo amado de Jesus. Es acaso S. Juan el único discípulo de Jesucristo á quien él ama tiernamente? No tenia el Señor otros discípulos que le fueron fieles hasta la muerte, que le amaron tiernamente y que fueron tiernamente amados?

En tercer lugar el Señor no dice á Maria: yo os destino yo os doy á Juan para que os sirva en adelante de hijo en lugar mio. Tampoco dice á S. Juan:

Yo os confío, yo os concedo á María, para que sea en adelante vuestra madre. El dice simplemente á aquella: *Hé ahí tu Hijo*; y á este: *Hé ahí tu Madre*. Pues bien esta espresion *hé ahí* en su significacion mas comun y mas natural, indica una cosa ocurrida ya y que ya existe, mas bien que una cosa que debe suceder despues. Cuando dice: *Hé ahí tu Hijo*, es como si dijera: *En este momento os habeis hecho madre*; y ved ahí en la persona de Juan el hijo que habeis engendrado; como si hubiera dicho á S. Juan: En este momento naceis á una vida nueva, y ved ahí en María la madre que os ha dado á luz. Finalmente la espresion de que el Señor se vale se parece mas bien á la declaracion de un hecho que se cumple en María independientemente de todo concurso extraño, que á la de una donacion ó de una disposicion libre de Jesucristo. Pues bien cómo dió á luz María á S. Juan al pie de la cruz, y cómo S. Juan nació de María?

Por otra parte, la verdadera madre de S. Juan, su madre segun la carne, no solo vivia entonces, si no que, segun S. Mateo, asistia tambien con las otras mugeres á la escena misteriosa del Calvario. Si pues en el momento en que María iba á perder á su propio Hijo, necesitaba del auxilio de otro hijo, San Juan cuya madre vivia todavia, no necesitaba de otra madre. Y si era justo qué á María, que se encontraba viuda, se diese un hijo que pudiese reemplazar á aquel de que iba á ser privada, no parecia justo que este hijo fuese arrebatado á su madre natural, y esto á sus propios ojos, "para darlo á una madre adoptiva.

Tales son las dificultades que ofrece el texto sagrado que examinamos, cuando no quiere verse en él otra cosa que el acto de adopcion de S. Juan. Entonces se encuentra en él oscuridad y confusion;

y ciertas particularidades no pueden explicarse. Pues bien, segun la regla que hemos indicado, esta confusion, esta oscuridad, estas dificultades que se encuentran para explicarlo en el sentido histórico é inmediato, son una prueba de que este mismo texto contiene tambien un sentido misterioso y profético, y se nos dá á entender por lo mismo que el hecho merece mas atencion de la que parece á primera vista; que encierra en sí mucho mas de lo que parece; que una figura profética está oculta bajo la superficie de la verdad histórica; que es necesario, segun Dionisio el Cartujo, buscar otro personage bajo el velo del que se encuentra designado literalmente; y que las palabras dirigidas por Jesucristo, desde lo alto de su cruz, á María y á S. Juan ademas del misterio de la filiacion de S. Juan con respecto á María, y de la maternidad de María con respecto á S. Juan, encierran un misterio mucho mas elevado y mas importante. Misterio provechoso á un número mucho mayor, mas glorioso para María, y digno sobre todo de la situacion en que se encontraba entonces el Salvador del mundo; en una palabra el misterio de nuestra filiacion con respecto á María, y de la maternidad de María con respecto á nosotros que estábamos representados por S. Juan y comprendidos en él.

Observad en efecto como atribuyendo este sentido á las palabras del Salvador adquieren una significacion mas literal y mas completa; como todas las dificultades se desvanecen y todas las dudas se disipan; y como estas mismas espresiones, que á primera vista no ofrecen mas que dificultades, se encuentran despues con una exactitud admirable y una rigorosa precision.

Examinemos en primer lugar, dice Cornelio de la Piedra, porque en estas circunstancias tan solemnes

María es llamada *muger* y no *madre*. Al declararla Jesús nuestra madre, obraba en su cualidad pública de Redentor de los hombres, y no en su cualidad privada de Hijo de María. Debíó por consiguiente valerse con respecto á María de una espresion que pudiese hacer comprender que en lo que iba á decir no miraba tanto á sus relaciones particulares con María, cuanto sus relaciones generales con los hombres cuya causa iba á sostener y cuya salvacion iba á obrar. No podía por lo mismo encontrar una espresion mas conveniente que la de *muger*, con la que parece quiso decirle: En este momento no tanto debo pensar en que soy vuestro hijo, como ocuparme de la salvacion de los hombres cuyo Redentor soy, y de quienes vos soy conmigo la co-redentora; en esta cualidad yo os los doy por hijos. La palabra *madre* hubiera hecho mas plausible el sentido inmediato; pero hubiera osecurecido el santo misterio y profético. La palabra *muger* lo descubre, lo indica y lo manifiesta en toda su grandeza y en toda su dignidad.

Examinemos tambien en segundo lugar por qué no dijo el Señor: *Yo te doy por hijo—Yo te otorgo por Madre*; sino solamente: *He ahí tu madre—He ahí tu Hijo*. Si en esta declaracion solemne se hubiera tratado tan solo de dar una recompensa á San Juan y un apoyo á María, la espresion, *Yo os otorgo por Madre—Yo os doy por Hijo*, hubiera sido mas adecuada y mas oportuna porque no habiendo María engendrado á S. Juan corporal ni espiritualmente, como hombre particular; este no podia llegar á ser su hijo sino por una donacion de Jesucristo. Y suponiendo que se trate de todos los cristianos y aun de todos los hombres, la espresion *yo os otorgo, yo os doy*, hubiera ocultado en cierto modo la parte que María habia tenido en el

nacimiento espiritual de ellos, y hubiera disminuido su gloria. Ella hubiera dado á entender en efecto que María se hizo nuestra madre gratuitamente por decirlo asi, y no con un título de justicia. Es por el contrario cierto, como veremos en su lugar, que María, segun S. Bernardino de Sena, nos dió á luz verdaderamente en el calvario á la vida de la gracia, por su cooperacion amorosa al misterio de la redencion; que en el órden de la salvacion de los dolores de María, asi como el amor del eterno Padre y los padecimientos de su Hijo, nos dieron el ser á todos, y que en aquellos preciosos momentos se hizo María rigurosamente nuestra madre por la inmensidad de su amor y la generosidad de su martirio. Por consiguiente queriendo el Señor manifestar que obraba este misterio en María y por María, en cuanto que ella estaba unida con el espíritu y con el corazon al Redentor del mundo, se conoce que esta espresion: *He ahí tu Hijo*, es la única adecuada y oportuna, porque equivale á decir: *Muger, vos acabais de dar á luz en este momento; y ved ahí ante vos el Hijo á quien habeis dado el ser*. Este hijo es el pueblo cristiano, del que S. Juan es á un tiempo mismo las primicias y la figura. Este hijo es vuestro y verdaderamente vuestro, no solo porque yo os le doy liberalmente, sino tambien porque ha nacido verdaderamente de vuestro amor y de vuestros dolores. Yo no hago otra cosa que mostrárosle, declarando vuestra gloriosa fecundidad.

Por la misma razon, examinemos tambien por qué en presencia de su propia madre segun la carne, dió á S. Juan otra madre en la persona de María. Esto consiste en que cuando se trata de un nacimiento puramente espiritual, se puede muy bien tener una segunda madre, de la que se recibe, segun el testo sagrado, un nacimiento puramente divino; aun cuando se

conservé también la madre que nos ha dado á luz por la concupiscencia y los deseos de la carne y de la sangre. Y así como la vida de la gracia es la verdadera vida, la vida completa y perfecta; así la que nos ha engendrado á esta vida, es mucho mas que nuestra madre, segun la carne, una verdadera madre, una madre por excelencia, en cuya comparacion nuestra madre por naturaleza, la que nos concibió y dió á luz en el pecado, ni aun merece ser nombrada. No hay pues cosa alguna mas conveniente ni mas exacta que esta espresion: *Hé ahí tu Madre*. Tomada en el sentido inmediato parece oscura; pero se hace clara, enérgica y de una exactitud sublime, cuando se toma en el sentido profético y misterioso que Jesucristo tuvo presente mas particularmente.

Finalmente, se comprende también por qué S. Juan no es llamado por su propio nombre sino por la palabra genérica de *Discípulo amado de Jesus, Discípulo muy amado de Jesus*. En efecto, suponiendo que S. Juan entraba en participacion del misterio, no ya como hombre privado, sino como una persona pública que representaba la iglesia, nada mas justo y mas natural que verse designado por un nombre comun á todos los verdaderos hijos de la iglesia, y que por lo mismo puede significar su ministerio de representante de ellos. Pues bien, el nombre propio de alma fiel, de hijo de la iglesia, es precisamente el de muy amado. Efectivamente, en el libro de los Cantares se dice: *No desprecieis á mi muy amada*. Y el mismo Jesucristo dijo: *El que me ama, será muy amado de mi Padre y de mí*. S. Juan que en estas circunstancias representaba á todos los fieles, no podia ser pues designado sino con el nombre de *Discípulo muy amado de Jesucristo*. Esta sola espresion genérica con que es designado basta, como observa el docto Sylveira, para hacer conocer que se trata aqui de un misterio universal que comprende no á un

solo hombre, sino á todos los hombres á los que conviene la calificacion de *Discípulo muy amado de Jesus*. Por consiguiente, las palabras del Señor son la declaracion mas amplia y solemne de que la Madre de Jesus se hizo la madre de todos los cristianos.

Así pues, no solo el tiempo, el lugar y las circunstancias en que fué hecha esta tierna declaracion; no solo las funciones sublimes de sacerdote, de victima y de Redentor de los hombres, que el Hijo de Dios ejercia entonces; sino los términos mismos de ella, que no tienen un sentido claro y completo, sino en cuanto se refieren á un objeto mas amplio y mas elevado, todo nos demuestra que ella contiene igualmente el título sagrado, el acta auténtica de nuestra adopcion por hijos de María; y que, como dice San Agustin, María se hizo entonces la madre de todos aquellos que viven segun el espíritu; ó como afirma S. Ambrosio, la madre de todos los que creen como cristianos.

La palabra *muger*, usada por Jesucristo en estas circunstancias misteriosas, en vez de la de *madre*, nos descubre un misterio todavía mayor, que la palabra *madre* hubiera oscurecido.

El real Profeta dice que Dios nunca se ha olvidado de su cualidad de Padre, y que aun en los trasportes de una justa indignacion escitada por nuestros pecados, y en el ejercicio de su justicia, siempre se ha acordado de su misericordia.

Pues bien, esta conducta de Dios con respecto á los hombres se manifestó desde el principio del mundo de una manera especial, con ocasion del primer pecado de que el hombre se hizo culpable en su presencia. En efecto, en el momento mismo en que su justicia, sumamente irritada por la culpa de Adán, pronunciaba la sentencia que le condenaba, á él y á toda su posteridad, á la esclavitud, á la maldicion y á la muerte, hizo la promesa de un Redentor por el que debiamos

ser rescatados, bendecidos de nuevo y vueltos á la vida. Yo estableceré, dice á la serpiente, una enemistad entre tí y la *muger*, entre tu raza y la suya. Ella quebrantará tu cabeza, y envano tratarás tú de morder su calcañal, ó como dice el testo original, tú romperás su calcañal.

Es muy cierto, dice S. Agustin, que la *serpiente* á quien fueron dirigidas estas palabras, era el demonio; y que la *muger* cuyo elogio se hace es Maria. No puede, en efecto, suponerse que Dios, por la *muger* de quien habló á la serpiente, quisiese designar á *Eva* que acababa de ser seducida por la misma serpiente, y que habia prestado tan fácilmente sus oidos y mucho mas aun su corazon á sus mentirosas promesas. Existia por lo mismo una conformidad de pensamientos y de efectos entre *Eva* y la serpiente. Se habia establecido entre ellas una conformidad en su plan de rebelion, de elevacion y de orgullo en perjuicio de la obediencia que debian á Dios. La obra del pecado habia establecido entre ellas una especie de sociedad y de amistad. La enemistad verdadera, real y perfecta entre la *muger* y el demonio, ha sido la de *María*. Ella tuvo con *Eva* una conformidad de naturaleza, mas no de espíritu. Ellas tuvieron de comun la sencillez, mas no la ligereza, la credulidad, la desobediencia ni el orgullo. Estraña *María* al espíritu de la serpiente y llena del espíritu de Dios, no quiso sino lo que Dios quiere, y aborreció todo lo que quiere la serpiente. Ella fué mucho mas humilde que *Eva* orgullosa; mucho mas dócil, fiel y sumisa, que *Eva* indócil, incrédula y desobediente. Jamás la vanidad envaneció su espíritu; jamás la curiosidad tuvo entrada en su corazon, y jamás la serpiente encontró una brecha por donde penetrar en su alma. *María* pues, fué verdaderamente aquella *muger* entre la cual y la serpiente reina la division mas absoluta de interés y de intenciones, la oposicion mas

directa de deseos y de conducta y la enemistad mas profunda, una enemistad irreconciliable y eterna. Esta enemistad ha sido obra de la gracia con que Dios la previno, y del Espíritu Santo del que Dios la llenó; por consiguiente solo en *María* se cumplieron á la letra estas palabras de Dios á la serpiente: *Yo estableceré una enemistad entre tí y la muger.*

La debilidad, la temeridad y la malicia de *Eva* habian dado á la serpiente una posteridad, una raza, y los hijos de *Eva* pecadora pertenecian al demonio como á su padre. La firmeza, la humildad y la santidad de *María* la hicieron madre de *Jesucristo*, y en *Jesucristo* de todos aquellos á quienes su gracia y su sangre han hecho renacer, y que por lo mismo tienen á *Jesucristo* por verdadero padre. Los hijos del demonio, los que componen su posteridad, son todos los pecadores; los viciosos, los injustos, los que, como *Eva*, tienen un espíritu de orgullo, de mentira, de odio y de perversidad. Los hijos de *Jesucristo*, los que componen su familia, y por lo mismo la familia de la *muger* ó de *María* que es la Madre de *Jesucristo*, son todos los que, como *María*, tienen la fé y el espíritu de *Jesucristo*, el espíritu de humildad, de pureza, de sinceridad y de amor. Son todos los verdaderos cristianos, los santos y los justos. De estas dos razas se formaron dos pueblos á quienes S. Agustin llama las dos ciudades: *Jerusalen* y *Babilonia*; la ciudad del amor divino, y la ciudad del amor de sí mismo; la ciudad fundada sobre los intereses del siglo presente, y la ciudad fundada sobre los intereses del siglo futuro; la ciudad de Dios y la ciudad del diablo; la Iglesia verdadera, y el mundo condenado por *Jesucristo* y excluido de su oracion. Ved aquí por qué entre estas dos razas, entre estos dos pueblos, entre estas dos ciudades existe una oposicion invencible de pensamientos, de sentimientos y de acciones; y hay entre ellas una enemistad, una

guerra encarnizada é implacable que durará hasta el fin del mundo, porque el odio reciproco de sus respectivas cabezas se ha comunicado á sus descendientes, y se perpetuará entre ellos. El espíritu de Dios y su gracia elevan un muro de separacion entre la familia elegida y escogida y la familia culpable y reprobada; y de este modo es como se cumplen todavía estas palabras de Dios á la serpiente: *Yo estableceré una enemistad entre tu raza y la suya.*

El demonio habia ensayado en vano contra María las asechanzas que le habian hecho triunfar de Eva: todos los artificios empleados para atraerla á sus caminos habian sido burlados. El sustituye, pues, el furor del león á la astucia de la serpiente, y se arroja con una rabia ciega sobre su hijo, que le inspiraba mas inquietudes y mas temores aun que su madre. El mismo Jesucristo se lo permite con estas palabras: *La hora es llegada en que se os ha concedido lo mismo que á las potestades de las tinieblas, prevalecer contra mí.* El demonio se empeña entonces en maltratarle del modo mas bárbaro, y como lo habia anunciado Isaias, en quebrantarle y molearle en su carne pasible y mortal, haciendo desgarrar á azotes aquella carne santa y divina, y haciéndola atravesar con los clavos. Pues bien: siendo la carne lo que habia de menos noble, como el calcañal, por decirlo así, en la persona de un Dios incarnado, y teniendo Jesucristo esta carne de María, se cumplió tambien la otra parte de la profecía de Dios á la serpiente: *Tu quebrantarás el calcañal de la mujer.*

Mas, qué puede la astucia de la serpiente contra la sabiduría de Dios? Jesucristo habia ocultado su divinidad bajo el velo de su humanidad, y María su virginidad bajo el velo del matrimonio. Jesucristo habia eclipsado su magestad sometiendo á toda especie de tormentos y de oprobios, que parecia

absolutamente incompatibles con su origen divino; y María habia ocultado su dignidad sufriendo la pobreza, las necesidades y los dolores que parecia igualmente incompatibles con su divina maternidad. Los dos habian ocultado bajo las apariencias de una violencia exterior la libertad y el amor con que María ofrece á su Hijo, y Jesus se ofrece á sí mismo por la salvacion del mundo. El demonio por el contrario, calculando segun su orgullo la manera con que debiera mostrarse un hijo que tenia al mismo Dios por padre, y de una madre que tenia un Dios por hijo, no comprendió el misterio profundo de una flaqueza voluntaria, concentrada y aceptada, y que tenia su raiz en un corazón abrasado por la caridad divina. Engañado por la semejanza exterior de la carne de Jesucristo con la de los pecadores, no vió, dice San Leon, la santidad exenta de la sombra misma del pecado, y que distinguia á Jesucristo de todos los demas hombre; él creyó que el segundo Adán descendia del primero, no solo por la carne, sino tambien por las obras; y que heredaría su culpa, lo mismo que su naturaleza; él le miró como uno de los esclavos que el primer pecado habia sujetado su imperio.

Por esta razon tuvo la audacia de someter á su poder tiránico, de azotar y de crucificar á la santidad misma, en la que no habia podido descubrir el menor vestigio de pecado; y por este acto de horrible injusticia, por haber maltratado é inmolado á su crueldad á aquel que nada le debia, al nuevo Adán, á la cabeza del pueblo santo, perdió los derechos funestos que la temeridad del primer Adán le habia hecho adquirir sobre un pueblo de réprobos. Jesucristo en el Calvario no quebrantó la cabeza de la serpiente con el esplendor de su divino poder, es decir con su cabeza, sino con su humildad, con la miseria y la flaqueza de su humana carne, es decir

con sus pies, con su calcañal, con esta parte del cuerpo la mas distante de la cabeza y la mas próxima á la tierra; y este mismo calcañal, ó esta misma carne que la serpiente habia quebrantado sirvió para quebrantarla á ella. Ella no pudo hacer al calcañal ó á la humanidad del Señor mas que heridas pasageras que muy pronto fueron cicatrizadas; y ved aqui que ella á su vez no solo tiene herido el pie, sino quebrantada la cabeza; y esta herida le es comun con todos los príncipes de las tinieblas cuyo imperio destruyó. Pero bien, siendo Jesucristo el verdadero Hijo de Maria, habiendo recibido de Maria la carne con que alcanzó una victoria tan señalada, es indudable que este triunfo pertenece tambien á Maria; que en la persona de su Hijo y por medio de su Hijo clavado en la cruz, ella tambien quebrantó la cabeza de la serpiente. Asi se cumplió tambien la otra parte del divino oráculo que anunciaba que la muger quebrantaria la cabeza de la serpiente con el mismo calcañal que la serpiente habria quebrantado.

Por medio de Jesucristo su Hijo, en cuyo sacrificio tomó Maria la parte mas importante, no solo quebrantó en el Calvario la cabeza de la serpiente, sino que, como se esplicará mas latamente en la segunda parte, se hizo tambien, en todo el rigor de las palabras, la madre de todos los hijos de Dios, de todos los verdaderos cristianos, de toda la Iglesia, de una posteridad que jamás le faltará hasta el fin del mundo.

En el día de la Anunciacion se hizo Maria madre de Jesucristo ó de la Cabeza; pero solo en el Calvario le fué concedido adquirir la maternidad sobre los miembros de esta cabeza ó sobre los fieles que componen la Iglesia; porque allí fué donde la Iglesia nació de las heridas y de la sangre de Jesucristo.

Jesucristo es hijo de Maria; la Iglesia que es la familia del uno, se hizo por consiguiente la familia y la posteridad de la otra. S. Juan, aquel discípulo fiel y amado de Jesucristo fué el tipo y la figura. En efecto, sus cualidades y sus virtudes espresan vivamente las cualidades de los verdaderos hijos de Jesucristo y de Maria.

No puede pues dudarse que la profecía del Génesis, que anunciaba una enemistad entre la muger y la serpiente, y que la descendencia de Maria unida á su cabeza quebrantaria la cabeza de la serpiente y humillaria su orgullo, no puede dudarse repito, que esta magnífica profecía, la mas antigua de todas las profecias relativas á las grandezas de Jesucristo y de su santísima Madre tuvo su cumplimiento en el Calvario. Luego por un rasgo, por un rayo de su luz y de su sabiduría divina fué por lo que Jesucristo en el Calvario dió á Maria el titulo de MUGER, y no el de madre; pues que con esta misma palabra habia Dios designado á Maria cuatro mil años antes. Jesucristo nos manifiesta y nos revela que esta MUGER del Calvario es la misma MUGER de que se habló en el paraíso terrenal; y que el misterio de su maternidad sobre los hijos de Dios y de su triunfo sobre la serpiente, anunciado tantos siglos antes, recibe su cumplimiento. Despues añade Jesus: *Hé ahí tu Hijo.* Como si le hubiera dicho: O Maria! en este momento en que estais unida á mí por una conformidad perfecta de pensamientos, de sentimientos y de afectos, en este momento en que inmolais en mí y conmigo, ved ahí que vos sois la MUGER, la MUGER perfecta, la MUGER por excelencia que quebranta la cabeza de la serpiente. En este momento os haccis madre de una posteridad santa; y ved ahí que Juan es el tipo y la figura de los hijos, no que nacieran, sino que han sido ya dados á luz por vuestro amor

y por vuestros dolores; y esos hijos son verdaderamente vuestros.

Por lo dicho se colije lo que debe pensarse de esos intérpretes que apoyados en la autoridad de un antiguo poeta, dicen que Jesucristo llamó á María *muger* y no *madre*, para no afligirla mas ni desgarrar su corazon maternal, porque el título dulce y tierno de *madre* le hubiera hecho sentir demasiado la diferencia infinita que habia entre el Hijo propio y legitimo que perdía, y el hijo adoptivo que se le daba como en compensacion, lo cual hubiera aumentado sus penas y desgarrado mas cruelmente su maternal corazon. Es decir que esta interpretacion, aunque piadosa no corresponde á la dignidad del Redentor que pronunció estas sublimes palabras, ni á la de la Coredentora que era el objeto inmediato de ellas. Si se admite de este modo, ella sola rebaja en cierta manera uno de los misterios mas sublimes que se cumplieron en el Calvario y que Jesucristo se dignó descubrirnos para hacernos conocer que en aquellos momentos solemnes tenia muy presentes los Libros santos; que iba á cumplir todo lo que él mismo habia hecho consignar en ellos; que el Antiguo Testamento fué una figura continua del Nuevo, y que el Nuevo descubre los misterios del Antiguo, ocultos bajo el velo de la alegoría y de la figura; que los dos se prestan mutuamente una luz divina que los esplica, los prueba y los confirma; que son como dos columnas que se sostienen mutuamente, y forman, como dice S. Pablo, el fundamento sobre que se eleva el edificio triunfante, grande y magnífico de la verdadera Religión.

Despues de haber consignado la verdad del misterio, es tiempo ya de considerar el modo con que Jesucristo nos hizo el don precioso de María para que nos sirva de Madre, y las consecuencias que de aqui se deducen. (*Vease la nota sesta.*)

CAPITULO VIII.

La doctrina comun de los Libros Santos que las dos alianzas hechas, la una con el pueblo hebreo y la otra con el pueblo cristiano, fueron concluidas en forma y bajo los términos de un testamento. Moisés, al anunciar la primera, dijo á los Hebreos: Esta es la sangre del testamento que Dios ha hecho en vuestro favor; y Jesucristo, al anunciar la segunda en la última cena, repitió en cierto modo las mismas palabras de Moisés, como para manifestar que la antigua alianza era el tipo y la figura de la nueva: Esta es mi sangre, dijo á los Apóstoles, la sangre del nuevo testamento. Ved aqui por qué la parte de los Libros Santos que contiene las constituciones y las leyes, la historia y las vicisitudes de la primera alianza, es llamada el Antiguo Testamento; y aquella en que se trata de la nueva alianza es llamada el Nuevo Testamento.

Estas dos alianzas aunque semejantes en el nombre, se diferencian sin embargo tanto como la cosa figurada se diferencia de la figura, el original de la imagen, la realidad de la sombra, el espíritu de la carne y el hombre de Dios.

En efecto, el primer Testamento fué concluido por el ministerio de Moisés, que aunque revestido de una mision y de un carácter divino, no era sin embargo mas que un hombre, mientras que el segundo se realiza por el ministerio de Jesucristo, hijo de Dios y Dios en sí mismo, á quien S. Pablo llama por lo tanto el mediador del Nuevo Testamento. El primero, segun el mismo Apóstol, fué escrito con una tinta misteriosa sobre tablas de piedra; y el segundo

ha sido escrito por el espíritu y por la gracia del Dios vivo en los corazones mismos de los hombres. El primero prometía un establecimiento, un reino, una herencia temporal y terrena; el segundo promete un establecimiento, un reino, una herencia incorruptible y pura, celestial y eterna. El espíritu del primer testamento fué un espíritu de temor servil, capaz tan solo de engendrar esclavos; el espíritu del segundo es un espíritu de amor capaz de formar hijos adoptivos que invoquen á Dios como á su propio padre. El primero fué confirmado por la muerte y por la sangre de víctimas puramente carnales; el segundo lo fué por la muerte y por la sangre preciosa del Cordero Divino, del cordero santo, puro y sin mancha, esto es el mismo Jesucristo. Finalmente, el primero se consumó y se publicó solemnemente en el monte Sinai; y el segundo en el Calvario, cuando el divino Testador, ministro y víctima de su propio Testamento, pronunció estas sublimes y misteriosas palabras: **TOPO ESTA YA CONSUMADO.**

Y qué hace Jesucristo en la cruz? en qué piensa de qué se ocupa? Ay! inundado de oprobios, saciado de hiel, abrumado de dolores y colmado de aflicciones por los hijos de los hombres, hace en favor de ellos la declaración de su última voluntad, y dispone de todo lo que su Padre ha puesto en su poder; él distribuye su herencia; él ordena, él dicta solemnemente, dice S. Ambrosio, su testamento público y privado.

Nada falta en efecto á la solemnidad y formalidades de un verdadero Testamento. Además del testador, los legatarios se hallan presentes y aceptan por medio de sus procuradores respectivos. Los soldados romanos representan á los gentiles; los habitantes de Jerusalem, al pueblo judío; las tres Marías, á las almas justas; los ladrones á los pecadores.

San Juan, dice S. Ambrosio, ejercía las funciones de gran canciller, de notario público de la Iglesia, y al mismo tiempo de testigo digno de un testamento grande. Y porque, según dice S. Pablo, un testamento no es verdaderamente tal sino por la muerte del testador; porque no es válido, ni dá derecho á la sucesion ni á la herencia sino por la muerte de este; por lo mismo Jesucristo murió verdadera y realmente pocos instantes despues de haber manifestado su última voluntad. El primer Testamento habia sido confirmado, sellado y autorizado con sangre y agua, pues que Moisés, despues de haber hecho su publicacion, roció, dice S. Pablo, con sangre y con agua el libro que contenia aquella alianza divina, y al pueblo que la habia escuchado y aceptado solemnemente. Del mismo modo, despues de la muerte de Jesucristo salió de su sacratísimo costado sangre y agua con que fueron rociados los que se hallaban presentes. Finalmente aunque todo el pueblo hebreo presenció las condiciones del primer Testamento, dió sin embargo á Moisés solo el cuidado de anunciarlo, de redactarlo y de escribirlo, como en efecto lo escribió en el Exodo y lo consignó con sus mas pequeñas circunstancias. Del mismo modo en el segundo, aunque no solamente María y las otras piadosas mugeres sino tambien los verdugos mismos y los enemigos de Jesucristo fueron testigos y partes interesadas, S. Juan sin embargo recibió el encargo especial de notar todas las circunstancias que lo acompañaron, de reunir todas sus particularidades, y de consignarlo y publicarlo por medio de un acta auténtica; lo cual ejecutó fielmente en su Evangelio. Por esta razon, dice Cornelio de la Piedra, se le puede considerar principalmente como el albacea y el ejecutor del testamento de Jesucristo. Y en efecto, S. Juan es el único que hace mencion de la lanzada, última prueba de

la muerte real del testador, de la efusion de las últimas gotas de sangre que quedaban en sus venas y del agua, que sin mezclarse ni confundirse salieron por la abertura hecha en su costado. El cuidó de todo, todo lo describió con exactitud, de todo dejó un acta pública en la cual puso su firma, declarando con una especie de juramento que nada escribió que no hubiese visto con sus propios ojos, oído con sus oídos y palpado con sus manos, hasta la sepultura de su Señor y Maestro, y que su testimonio es sincero y verdadero.

Mas en este Testamento que nuestro Padre hizo por un exceso de amor y de ternura para con nosotros hay diversas cláusulas. En la súplica que Jesucristo hizo en favor de sus verdugos aseguró la reconciliacion y el perdón á los pecadores culpables de los mayores excesos con la única condicion de que quisiesen aprovecharse de ella; reconciliacion que dá derecho á hacerse hijos de Dios, y á participar por lo mismo de su herencia como sus propios hijos. Era necesario que la primera condicion se espresase para que el testamento pudiese correspondernos y darnos derecho á entrar en participacion de los otros dones. En la promesa hecha al buen ladrón, dispone el Hijo de Dios de su reino celestial en provecho nuestro, como lo habia prometido; él confiere el derecho y la investidura solemne, no solo á los justos, sino tambien á todos los verdaderos penitentes. En la sed misteriosa de que se queja manifiesta, dice S. Cipriano, el ardor de su caridad por nuestra conversion y por nuestra salvacion. Por un efecto de esta misma sed, fué por lo que nuestro amoroso Salvador pedia de beber, durante su vida, á la Samaritana. Estos deseos y esta sed del Hijo de Dios no pueden ser estériles ni vanos porque van acompañados de la uncion de su gracia; ellos deben pues darnos la seguridad de sus

auxilios celestiales y los medios necesarios no faltarán (jamás) á ninguno para convertirse.

Cuando se queja de verse abandonado, pide que no suframos nosotros tal abandono, ni aun en lo que concierne al cuerpo, y nos asegura que su resurreccion y su gloria se extenderán á todos sus escogidos. Al encomendar su espíritu á su Padre, encomienda tambien el de todos los elegidos, y les asegura por parte de su mismo Padre los cuidados mas afectuosos y el amor mas tierno. Finalmente en esta misteriosa exclamacion: *Todo está consumado*, declara solemnemente la abolicion, la nulidad y la destruccion de todos los antiguos títulos de condenacion; él paga la deuda, satisface á la justicia, y remueve para siempre los obstáculos que nos impedian llegar hasta Dios, nos asegura los medios, y acaba en todas sus partes, no solo para el tiempo presente, sino para la eternidad, la obra de la santificación y de la salvacion.

Però no se limitan á eso sus amorosas disposiciones con respecto á nosotros. El se acuerda de que al morir deja en la tierra un objeto del mayor valor, del mas alto mérito, y que le es mas amado que todos los demas. Este objeto es Maria, la mas santa y la mas amada de todas las madres. Para poner pues el sello á su liberalidad y á su amor para con nosotros, dispone tambien de Maria en nuestro favor; y dándonos á ella en la persona de S. Juan, la crea y la establece nuestra madre y nos la deja por tal.

Qué desinterés y qué generosidad, qué amor tan grande nos manifiesta Jesucristo al darnos su propia madre en este precioso legado!

Toda la historia de los beneficios inestimables de la redencion se halla contenida en un bello pensamiento de S. Leon. Jesucristo, dice, rico negociante del cielo, vino á la tierra á establecer un comercio de salvacion; es decir, vino á ponerse en nuestro lugar y á

colocarnos en el suyo; tomó de nosotros cuanto nos pertenecía y lo trocó por lo que él poscía, cediéndonoslo en propiedad, y dándonos principalmente lo que le pertenecía por derechos sagrados ó inviolables, procedentes de una venta verdadera, y de una verdadera permuta. Cambio precioso que solo una caridad sin límites puede sugerir y solo un poder infinito puede llevar á efecto! Permuta afortunada en la que, como dice S. Agustín, todos los sacrificios, todas las humillaciones y todas las penas son para él, y todo el provecho, toda la utilidad y todas las ventajas son para nosotros. Y en efecto él nada recibió de nosotros, ni podía recibir otra cosa que los males de que éramos víctimas; él nos ha dado todos los bienes de los que él mismo es una fuente inagotable y un tesoro precioso.

Entre las cosas que le pertenecen hay dos que son propias suyas de una manera, por decirlo así, peculiar y absoluta; quiero decir su Padre celestial y su Madre terrena. Su Padre celestial que de su propia sustancia le engendró Dios desde toda la eternidad, y su Madre terrena que de su propia sustancia le engendró hombre en el tiempo. Su Padre celestial que le comunicó de una manera perfecta la naturaleza divina; su Madre terrena que le dió de una manera perfecta la naturaleza humana. El no tiene por consiguiente cosa alguna mas amada en el cielo ni en la tierra, ni existe cosa alguna tan preciosa para él como su Padre celestial que es Dios, y su Madre terrena que por lo mismo es madre tambien de Dios. Sin embargo al permutar todas sus riquezas divinas por nuestras miserias, su generosa caridad, su liberalidad sin límites nos hizo donacion de los dos. El quiso que en el órden espiritual y divino fuésemos él mismo padre y la misma Madre que él, así como en el órden temporal y terreno se habia él dignado tener el mismo Padre y la misma

Madre que nosotros, descendiendo como verdadero hombre de Adán y Eva.

El no se contentó con hacernos participantes de su sabiduría, enseñándonos todo cuanto habia aprendido en el seno de su Padre. El no se contentó con darnos todas sus gracias y todas sus riquezas para hacernos gozar de una vida nueva, de una vida rica y abundante en el órden espiritual. El no se contentó finalmente con dársenos todo entero, con dar su sangre y su vida para redimirnos y salvarnos. Todo esto era mas que suficiente para nuestro rescate; pero no bastaba á su amor. A fin de que nuestra redencion fuese bajo todos aspectos abundante para hacer íntima y perfecta nuestra union con Dios; á fin de que la permuta de todo cuanto él tenia por todo lo que teniamos nosotros fuese complata y perfecta, nos trasmite tambien sus derechos de hijo que parecian incommunicable, haciéndonos en él y con él hijos de un mismo Padre que es Dios, y de una misma Madre que es María. (*Vease la nota sétima.*)

CAPITULO VIII.

PUEDE decirse en vista de esta accion de Jesucristo, que aunque era muy rico, no tuvo mas que darnos. Clavado en un madero cruel, en el momento de exhalar el último suspiro de una vida empleada toda en favor nuestro, qué mas puede él hacer por nosotros, ó qué mas nos puede dar? Nada absolutamente, pues que nada posee, despues de habérmolo dado todo en él y con él. Así lo hubiéramos creído nosotros; porque quién podría haber pensado jamás en María? Quién hubiera imaginado nunca que él hubiera hecho tambien que su Madre se

convirtiese en nuestro provecho, y la hubiera puesto en estado de que nos consolase y nos socorriese? Mas esto que escedia nuestros pensamientos y nuestros deseos, se lo inspira su sabiduría infinita, y su amor se lo hace llevar á efecto. El vé al pie de la cruz á esta tierna Madre que se asocia á sus sacrificios y á sus padecimientos por la salvacion del mundo. El vé la generosidad con que esta muger fuerte ofrece y sacrifica su propio hijo por la redencion de los hombres; él la vé animada de la caridad mas viva y de la compasion mas tierna por nuestra suerte.

El vé los beneficios que los hombres por quienes muere podrán reportar de la seguridad que les dá, de los amorosos cuidados y de los tiernos movimientos de este corazon tan noble, tan sublime, tan heroico, y al mismo tiempo tan dulce, tan compasivo, tan sensible y tan afectuosa para con nosotros, seguridad que él nos garantiza con un título sagrado, inviolable y perpétuo, cuando crea, establece y proclama á esta muger heroica nuestra verdadera madre.

San Agustin, refiriéndose á estas palabras tiernas del Señor á sus apóstoles: Yo no os dejaré huérfanos, nos dice: Aunque el hijo de Dios nos hizo hijos adoptivos de su propio Padre, y de este modo tenemos por gracia el mismo Padre que él tiene por naturaleza, y aunque él mismo se hizo por consiguiente nuestro hermano, quiso ademas de esto mostrarnos que tenia para con nosotros las entrañas y el amor de un padre cuando nos dijo: Yo no os dejaré huérfanos. Ahora ha cumplido esta promesa que entonces nos hizo y que es el fruto de su afecto paternal; y esta seguridad que nos dió de no dejarnos huérfanos la confirmó, no solo cuando despues de su resurreccion visitó á sus discípulos, y cuando despues de su ascension envió al Espíritu consolador; sino tambien de una manera mas espe-

cial, como dice S. Efren, cuando al morir nos dejó á Maria por madre; y esta es la razon por qué el mismo Padre llama á Maria el acilo y el refugio de los huérfanos.

Es admirable en efecto la relacion que existe entre estos dos pasages del Evangelio de Jesucristo. En el primero dice: Yo no os dejaré huérfanos; yo os lo prometo. En el segundo, instituye á Maria nuestra madre, y nos dá á ella por hijos. En seguida se vuelve á sus discípulos, á quienes habia prometido no dejar huérfanos y les dice en persona de S. Juan: Ved ahí vuestra Madre. Como si les hubiese dicho: Yo os he prometido no dejaros huérfanos y ya os he dado á mi propio Padre; pero esto no basta á mi amor; yo he hecho cesar la privacion en que os encontrabais de un padre que os volviese á la vida, y reemplazase á Adan que murió, y os dió á vosotros la muerte; pero todavía sois huérfanos de madre supuesto que no podeis considerar como tal á Eva, que murió igualmente á la gracia y á la vida. Yo he hecho cesar tambien ahora esa privacion, á fin de que mi promesa se cumpla bajo todos aspectos, y que no podeis consideraros en manera alguna como huérfanos. Ved aquí pues á Maria á quien he nombrado, vuestra Madre: esta es la Madre que os faltaba, la Madre que os he prometido implicitamente, la Madre que yo os doy, á la que os confío y en la que serán reparados ampliamente los males que os causó la madre que perdisteis. Por ella y en ella nada os faltará. Vosotros habeis tenido un padre y una madre en el orden de la naturaleza; un padre y una madre se os ha dado igualmente en el orden de la gracia. Nada teneis ya que envidiar á vuestro primer nacimiento. Ya no sois huérfanos de madre, pues ahí teneis la que os faltaba, pero que no hubierais pensado jamás pedirme, ni la hubierais obte-

nido jamás, si mi amor no me hubiera obligado á dároslo. De este modo ha agotado mi ternura todos los medios y todos los recursos para socorremos. Ya no me queda por consiguiente nada que daros, que proporcionaros ni que alcanzaros. Ya he provisto abundantemente no solo á vuestras necesidades, sino también á vuestro consuelo. Yo me despejo absolutamente de todo cuanto tenía en beneficio vuestro. La herencia que os dejo es completa, y mi testamento se cierra con este último legado. Ya no me resta mas sino daros el último suspiro de mi vida, y probaros con mi muerte el exceso de mi amor.

Oh! cuán llena de amor es esta solicitud de la caridad de un Dios Redentor! Nada se le olvida; nada omite, no solo de lo que es necesario, sino tampoco de lo que pudiera ser de alguna utilidad para nuestra salvacion; es necesario que la obra de su misericordia esceda á todas las riquezas de su bondad. El nos habia reconciliado con Dios por medio de su sangre; él nos habia dado á este Dios por Padre, haciéndose él mismo nuestro hermano; y para dar á esta filiacion de Dios Padre, á esta fraternidad de Dios hijo una base mas amplia, un nuevo título, un centro, un vínculo, mas sencible; para facilitar á nuestra flaqueza y á nuestra timidez un medio para llegar á él con mas seguridad y mas confianza; y para darnos en fin en su divina presencia, una mediadora, un guía y un motivo de esperanza, quiere que su propia madre sea también la nuestra. Para hacernos este don no esperó su misericordia que lo pidiésemos, ella nos previno y nos salió al encuentro segun la profecía de David. Para hacernos apreciar todavía mas un don tan precioso, nos lo hizo en forma de legado, ó de donacion por causa de muerte; él nos lo dió pocos instantes antes de morir como

la última señal de ternura que podia darnos, como el último recuerdo de su amor.

Oh dulce ideal! pensamiento lleno de encanto, recuerdo precioso! La Madre de Dios es también mi verdadera madre! Yo no puedo dudar en ello, pues que el mismo Dios, pocos instantes antes de dar el último suspiro en la cruz, me la dió y me la dejó por madre. Qué nuevo título, dire yo con S. Anselmo, qué nuevo motivo no tengo para mirar á Dios como mi padre, y á Jesucristo como mi hermano, ahora que tengo á su Madre por guía, por abogada y por defensora! Qué asilo tan seguro, qué refugio tan amplio no encontraré en María! Quién podrá en adelante intimidarme, ó hacerme vacilar en el deseo y la esperanza de conseguir mi salvacion, supuesto que tengo un hermano tan bueno, una madre tan tierna y tan compasiva que cuidan de ella? Oh alma mia! me diré á mí mismo con S. Buenaventura, aun cuando seas pecadora, debes reanimar tu confianza y alegrarte porque el exámen de tu causa, el éxito de tu juicio y la adquisicion de tu perdón, dependen de la sentencia de un Dios que es tu hermano, y de la Madre de un Dios que es también tu Madre (*Vease la nota octava.*)

CAPITULO IX.

Es un dogma fundamental de la fé católica que el Hijo de Dios encarnó por todos, que padeció y dió su vida, por todos, que satisfizo por todos, que mereció á todos el perdón y la reconciliacion, que obtuvo para todos un derecho á sus bienes, á sus privilegios, á su amistad y á su fraternidad; que cargó con los pecados de todos, y los expió: que ninguno fué excluido de

la generosidad de su ofrenda, ni de los méritos de sus sacrificios. Es sin embargo indudable que á pesar de esto, no siendo todos cristianos, no son todos hijos de Dios; por consiguiente no son todos verdaderos discípulos, verdaderos amigos ni hermanos de Jesucristo. Solo aquellos lo son que, una vez incorporados á él por el bautismo, permanecen unidos á él por los lazos de la fé en su doctrina y de la fidelidad á sus preceptos.

Lo mismo sucede respecto á María. Aun cuando por su cooperacion á la redención, al nacimiento espiritual de todos, se hiciere madre de todos, como veremos mas adelante, así como Jesucristo es el Redentor de todos, sin embargo en realidad solo es madre de aquellos que tienen á Dios por padre, y á Jesucristo por maestro y por hermano, es decir de los verdaderos católicos, de los que, con Jesucristo, componen un cuerpo cuya cabeza es él, quiero decir la Iglesia.

Jesucristo quiso recordarnos esta verdad tan preciosa como consoladora para nosotros que tenemos la dicha de pertenecer á la Iglesia, por las palabras que dijo á María mostrándole á S. Juan, *HE AHÍ TU HIJO*; porque, como ya hemos observado, esto fué como si hubiera declarado que los verdaderos hijos de María serian los que tuviesen los caracteres distintivos de S. Juan, es decir, de ser discípulo fiel de Jesucristo y objeto de su tierno amor. En muchos lugares del capitulo anterior, como tambien en este, hemos consignado ya esta doctrina; á saber, que solo habitando en los tabernáculos de Sem, es decir en la verdadera Iglesia, nos es dada participar de esta porcion de la herencia de Jesucristo por la que recibimos á María por madre. Mas este es el lugar á propósito para hablar con mas estension procurando penetrar, cuanto nos sea posible en el espíritu de las palabras de Jesucristo.

Origenes en su comentario sobre estas palabras del Salvador crucificado: *MUGER, HE AHÍ TU HIJO*, haec

una bella observacion que derrama mucha luz sobre la verdad que esplicamos. Ninguno, dice él, puede tener una perfecta inteligencia del Evangelio de S. Juan, ni penetrar en su sentido verdadero, si no ha recibido, como este Apóstol, el privilegio de reposar sobre el pecho mismo de Jesucristo, y ha recibido del mismo Jesucristo á María por Madre. Todos los que tienen sentimientos dignos de ella, están plenamente convencidos de que no tuvo mas hijo que Jesucristo, y por consiguiente que cuando Jesucristo dijo á su Madre, hablando de S. Juan: *He ahí tu Hijo*, y no: *He ahí que tienes en la persona de Juan otro hijo*; fué como si le hubiera dicho: *Ese es Jesus, de quien eres Madre*; porque el que es perfecto, no vive ya él, sino que en él vive Jesucristo.

Estas palabras son profundas y su exactitud teológica es admirable, pues que tienen por base una verdad que es el fundamento de la verdadera fé, y que S. Pablo no cesa de inculcar y repetir en sus sublimes epistolas; á saber que todos los verdaderos fieles, todos los miembros de la verdadera Iglesia forman con Jesucristo una misma cosa, un mismo todo, un mismo cuerpo, un solo hijo.

El mismo Jesucristo habia ya manifestado esta grande y consoladora doctrina, cuando pocos momentos antes de ofrecerse á la muerte por su Iglesia, dirigió por ella á su Padre esta súplica: Yo he comunicado mi gloria á mis discípulos, para que sean y compongan conmigo una misma cosa, así como voz y yo, ó Padre mio! somos una misma cosa.

Para esplicar S. Pablo esta misteriosa unidad, recurre al simil del cuerpo humano. Así como en un cuerpo, dice, hay diversos miembros; y á pesar de que los fines y los usos á que están destinados son diferentes, unidos á la cabeza forman un solo cuerpo; del mismo modo nosotros con Jesucristo formamos un solo

cuerpo. Volviendo el Apóstol en otro lugar á este mismo simil explica cómo se obra esta union, es decir por el bautismo que nos abre la puerta de la Iglesia, nos incorpora á Jesucristo; y nos hace una misma cosa con él; porque no hay en ella mas que un solo cuerpo, aun cuando sea compuesto de muchos miembros, supuesto que estos miembros unidos no forman mas que un solo cuerpo. Esto es lo que sucede con respecto á Jesucristo; porque despues de haber sido bautizados por el mismo espíritu, no formamos con Jesucristo mas que un solo cuerpo, es decir la Iglesia. Vosotros, pues, ó cristianos, sois los miembros verdaderos y el cuerpo cuya cabeza es Jesucristo. Pues bien, aunque la cabeza y los miembros en un mismo cuerpo tengan una forma, un destino y unos usos diversos, son sin embargo de la misma naturaleza, de la misma esencia y de la misma sustancia. Lo mismo sucede respecto á nosotros los cristianos; desde que por el bautismo somos incorporados á Jesucristo participamos de su naturaleza, como afirma S. Pedro, de tal manera que todos sus títulos, sus derechos, sus privilegios y sus gracias se nos hacen comunes; así como los miembros de un cuerpo humano participan de la condicion de la cabeza. Por esta razon, siendo Jesucristo Hijo de Dios, el objeto de su ternura y el heredero de su gloria, desde el momento en que nos incorporamos á Jesucristo y formamos con él una misma cosa, nos hacemos en Jesucristo y con Jesucristo, hijos de Dios, objetos de la ternura de Dios y herederos de la gloria de Dios. Del mismo modo, si nos separamos de Jesucristo, nada tenemos, nada merecemos y nada somos; así como unidos á él, todo lo tenemos en él y con él, todo lo merecemos, y somos todo lo que él es.

Jesucristo es el verdadero Hijo de María; por consiguiente, una vez incorporados á él por medio de los sacramentos, nos hacemos una misma cosa con él, co-

mo el ingerto se hace una misma cosa, dice S. Pablo, con el árbol á que está unido; nosotros nos hacemos tambien hijos de María de la misma manera y por las mismas razones que nos hacemos hijos de Dios, es decir, porque Jesucristo es Hijo de Dios.

Pero si nosotros nos hacemos hijos de Dios y de María en virtud de nuestra union con Jesucristo; si somos sus hijos en él y con él, formamos en él y con él un solo hijo de Dios, un solo hijo de María, pues que en él y con él formamos una misma cosa, un solo compuesto fisico, un solo cuerpo.

Es verdad que esta union con Jesucristo como nuestra cabeza se verifica por medio de los sacramentos en los que nos aplica el mérito de su sangre y el fruto de su sacrificio; mas así como esta sangre que nos hace nacer á una vida nueva y nos hace miembros de un cuerpo nuevo, fué derramada en el Calvario, y este sacrificio se consumó en la Cruz; así tambien en la Cruz y en el Calvario fué donde se echaron los fundamentos á esta union misteriosa, donde se fijaron los títulos, donde se abrió el camino y se prepararon los medios para llegar á ella. Allí fué tambien donde en la persona de S. Juan que nos representaba á todos, que fué verdaderamente rociado con la sangre que salia á torrentes del cuerpo de Jesucristo, que fué el primero en experimentar con María los efectos del gran sacrificio que él mismo presencio; en el Calvario fué donde principió á cumplirse efectivamente nuestra union en la persona de S. Juan.

Con estas esplicaciones se comprende bien el pasaje de Orígenes que hemos referido. En cualidad de hombres todos somos hijos de María, porque, como vemos en su lugar, ella cooperó con su amor y con sus dolores á nuestro nacimiento espiritual; así como Jesus es el padre y el Redentor de todos, porque nos regeneró y nos rescató con su sangre, de la misma manera

todos somos hijos de dolor, hijos adoptivos, hijos de gracia, hijos diferentes y distintos de Jesucristo. Mas en cualidad de verdaderos cristianos, de verdaderos discípulos de Jesucristo, unidos, incorporados y hechos una misma cosa con él, somos hijos de María, como lo es el mismo Jesucristo, y no nos distinguimos ya de él. No formando con él mas que un solo cuerpo, no formamos tampoco mas que un solo hijo. Por consiguiente, aun cuando bajo este título tenga María tantos hijos cuantos son los verdaderos fieles, es cierto sin embargo que no tiene mas que un solo hijo que es Jesucristo; supuesto que Jesucristo es el que vive en nosotros desde el momento en que nos unimos á él verdaderamente, y que todos los fieles no forman con él mas que un solo Jesucristo, de quien María es verdadera madre, y por consiguiente tambien nuestra.

Ved aquí pues por qué, segun Orígenes, cuando Jesucristo habló á María indicándole á S. Juan no le dijo: Hé ahí en la persona de Juan *otro hijo* diferente de mí, que te dejo para que haga mis veces respecto de tí en mi ausencia, sino que se contentó con decir: *Muger, hé ahí tu hijo*, que fué lo mismo que si le hubiera dicho: *Muger*; tu no tienes mas que un solo hijo, y yo lo soy en ese que te presento. Por el misterio que voy á consumar en este momento, Juan se une y se incorpora á mí; él forma una misma cosa conmigo, él está en mí asi como yo viviré en él. Tu tienes pues, *ó muger*, en la persona de Juan que está al pie de la cruz, el mismo hijo que está en la Cruz, tu Jesús á quien engendraste y que se encuentra en su discípulo, como la cabeza en los miembros á que está unida. Reconoce en él los efectos de mi redencion, los vestigios de mi sangre, la comunicacion inefable de mi gracia, y hasta la participacion misma de mi naturaleza divina. Nada le falta para ser otro yo, una misma cosa conmigo; y supuesto que

yo soy tu hijo, él lo es igualmente; y todos los que tengan los mismos títulos y se encuentren con las mismas condiciones que Juan, se hacen desde este momento en mí y conmigo tu hijo único.

Para comprender mejor esta doctrina sublime, debemos observar que el padre eterno engendra su Vervo de su sola sustancia. Este Vervo es Dios, en cuanto es engendrado desde la eternidad, es por consiguiente Hijo de Dios, y María no tiene parte alguna en esta generacion eterna. Mas este mismo Vervo, esta Persona divina, engendada desde la eternidad, nacida de solo Dios, y Dios en sí, tomó un cuerpo humano que formó de la purísima sangre de María, y unió á sí este cuerpo por una union hipostática ó personal; union íntima, sustancial é indisoluble, que sin confundir las dos sustancias, forma de Dios y del hombre una sola persona. De modo que Jesucristo Dios es verdadero hombre, y Jesucristo hombre es verdadero Dios. Por consiguiente, supuesto que María concibió y parió este compuesto misterioso é indisoluble, en el que, segun todo el rigor del lenguaje teológico, se puede afirmar del hombre cuanto se afirma de Dios, se dice, y debe decirse que María engendró al Vervo de Dios, que dió á luz al mismo Dios, que lo erió, y que es verdadera Madre de Dios. María se llama y es verdaderamente la madre de Dios, aunque no haya hecho otra cosa que suministrar una porcion de su sangre, para formar la humanidad que Dios tomó y unió á sí de una manera tan íntima; y ved aquí por qué Dios se unió sustancialmente á esta humanidad. Lo mismo debe decirse en el caso presente (guardada la debida proporcion); aunque María no haya engendrado mas que á Jesucristo, sin embargo habiéndose unido Jesucristo á nosotros tan íntimamente que todos nosotros con él formamos un solo cuerpo cuya cabeza es él mismo, María, en virtud de esta union tan íntima

de su propio hijo con nosotros, se hace tambien nuestra Madre en Jesucristo, y nosotros nos hacemos sus hijos. Dios y el hombre unidos en Jesucristo en una sola persona, por medio de la union hipostática, no forman dos Jesucristos, ni dos hijos de María, sino un solo Jesucristo, un solo hijo. Lo mismo sucede respecto á Jesucristo y los verdaderos cristianos; unidos con él en un mismo cuerpo, no son mas que un solo hijo de María. Nuestra union con Jesucristo se verificó en el Calvario; en el Calvario fué igualmente donde nos hicimos en Jesucristo, no los hijos, sino el Hijo de María; y Jesucristo proclamó y manifestó este inefable misterio cuando dijo á María: *Muger, hé ahí tu hijo.*

San Pablo insistia en esta verdad cuando decia: Recordad que las promesas fueron hechas á Abraham y á su hijo. Dios no dijo: *y á tus hijos*, como si se hubiera tratado de muchos: sino *á tu hijo*; y este hijo es Jesucristo.

Dios en el Calvario se muestra el Padre amoroso de todos los hombres, pues que sacrifica á su propio Hijo y le entrega á la muerte, para crearse en los hombres hijos adoptivos. Jesucristo es tambien allí el hermano, el Redentor y la víctima de todos los hombres, no solo porque participa con todos ellos de la naturaleza humana, y es como ellos el verdadero hijo de Adán; sino porque satisface por todos, pide por todos, tiende los brazos á todos, y los invita á todos á participar del fruto de su sangre y de la herencia de su amor. Esta paternidad de Dios y esta fraternidad de Jesucristo, son respecto á todos los hombres una paternidad y una fraternidad en un sentido muy estenso, una paternidad y una fraternidad de compasion, de misericordia, y por decirlo así de disposicion. Pero de hecho y en realidad, los verdaderos hijos de Dios, los hermanos de Jesucristo, los que componen su ver-

dadera familia, su verdadero cuerpo, son únicamente los que por el bautismo son incorporados á él; y que mientras permanecen en este estado, participan de todo lo que Jesucristo posee y de todo lo que Jesucristo es en sí mismo.

Lo mismo sucede respecto á María; por su cooperacion á la obra de nuestra salvacion, á nuestro nacimiento nuevo, se hizo madre de todos los hombres, porque en el Calvario ofreció á la muerte por todos los hombres el mismo Hijo que habia dado á luz para todos. Pero su maternidad con respecto á los hombres es una maternidad de disposicion, de compasion y de amor; porque en realidad los verdaderos hijos de María son únicamente los verdaderos hijos de Dios, los hermanos de Jesucristo, que forman con él una misma cosa.

No es esto decir que esta tierna Madre no se interese en la suerte de esos hombres que, como los infieles y los hereges, no pertenecen al cuerpo de la Iglesia, ó de los que están fuera del espíritu de esta misma Iglesia, como los pecadores. Porque si Jesucristo estendiendose aun sobre ellos su misericordia, llamándoles á la luz de la fé, ó á la vida de la gracia; si intercede continuamente por los pecadores en presencia de su Padre, como lo afirman S. Juan y S. Pablo, mostrándose así hermano de todos; María igualmente coopera con su intercesion, y sus súplicas á la propagacion de la fé y á la conversion de los pecadores. Animada para con ellos de la solicitud mas viva, manifiesta tambien para con esos desgraciados la ternura y el cariño de una madre. Ella su madre para compadecerlos, para animarlos, para atraerlos al bien y para consolarlos; ella parece que ha recibido este encargo del mismo Jesucristo. Mas esto no impide que sus hijos en toda justicia sus hijos verdaderos, los que tienen á su amor un derecho igual al del mismo Je-

sueristo, no sean aquellos en quienes, según la expresión de S. Pablo, vive Jesucristo; y con los que forma Jesucristo una misma cosa. En él, por él y con él son respecto á Dios y respecto á María un solo hijo. Seamos pues verdaderos católicos, verdaderos hijos de la Iglesia. La Iglesia es la que, Jesucristo su cabeza y los hombres sus miembros, forma ese cuerpo del que María es la Madre. Esos son, ó mas bien, ese es el verdadero hijo cuyo tipo particular le mostró y le dejó Jesucristo en la persona de S. Juan su discípulo. (Véase la nota novena.)

CAPITULO X.

TENEMOS tambien una bella figura y una profecía muy clara de todo esto en los libros del Antiguo Testamento. En ellos se lee que Abraham, despues de la muerte de Sara su esposa, se casó con otra muger llamada Cétura, y que por efecto de su prodigiosa fecundidad, aun cuando él era ya de una edad muy avanzada, tuvo de ella seis hijos. Pues bien, conociendo este patriarca que se acercaba su fin, quiso disponer de sus bienes ó hizo su testamento de tal modo que dejó á Isaac todo cuanto poseia. En cuanto á Ismael que habia tenido de Agar, y á los otros hijos que habia tenido de Cétura, solo les dejó donaciones considerables. Hecha esta distribucion separó él mismo los hijos de Agar y de Cétura del hijo de Sara; y quiso que Isaac habitase y viviese solo, que formase él solo una familia distinta absolutamente de la de sus hermanos.

Mas, por qué esta parcialidad en un padre tan justo? Si queria favorecer á su hijo primogénito, conformándose á una costumbre general fundada en cierto modo en una conveniencia natural, nó habia nacido

Ismael antes que Isaac? Mas, la Escritura misma aclara esta duda. Agar y Cétura fueron verdaderas esposas de Abraham, pues que, como observa Cornelio de la Piedra en diversos lugares, y en el versículo mismo que acabamos de citar, Cétura es llamada esposa de Abraham.

Pero siendo ellas siervas ó esclavas, eran mugeres de un órden inferior y menos noble, mugeres que se desposaban sin ceremonias públicas, y sin dote, que permanecian en la condicion de siervas; y eran llamadas concubinas. Ellas eran con poca diferencia como esas mugeres que se casan en secreto, á causa de la gran desigualdad de condicion y de nacimiento, y que se llaman esposas de conciencia. Sara por el contrario era una muger de condicion ilustre, libre, de la familia misma de Abraham, hija de su hermano, y por lo mismo sobrina del patriarca. Ella era la muger verdadera, desposada con ceremonias solemnes, la esposa reconocida públicamente como tal. La muger en quien se reunian todas estas condiciones, era la única verdadera madre de familia, que tenia parte en todos los bienes de su esposo, era la directora, la matrona y la señora de la casa; y sus hijos eran los únicos herederos de los bienes del padre. Esta es la causa por qué Abraham no dió mas que á Sara el nombre de Saraj, que significa princesa ó señora, y por qué dejó todo su patrimonio á Isaac, hijo único que habia tenido de ella; recibiendo tan solo los hijos de las esclavas ricas donaciones en plata, en vestidos y en ganados, por una sola vez, á título, por decirlo así, de legitima, como se llama en el lenguaje moderno.

Pero independientemente de estas razones tomadas del derecho y de las costumbres de aquel tiempo, obró tambien Abraham con arreglo al misterio que debia ser figurado por esta disposicion testamentaria.

La Escritura Sagrada explica, en un lugar lo que

había ocultado en otro bajo el velo del misterio. Si no nos aprovechamos de lo que ella dice en este lugar para comprender lo que dice en otro; si en el caso presente no oímos á S. Pablo que descubre el velo y nos descubre un misterio y una profecía en lo que la Escritura nos dice de las siervas de Abraham, la conducta de este patriarca podrá parecer, dice San Agustín, demasiado humana, ó tal vez contra el deber y la justicia.

Los dos primeros matrimonios de Abraham, el uno con la esclava Agar, y el otro con Sara la muger libre, son en efecto una figura y una alegoría, como hemos dicho ya, refiriéndonos á S. Pablo, y la verdad de la historia queda intacta. Ellos representan los dos Testamentos, las dos alianzas, celebrada la una en el monte Sinai, y la otra en el monte Sion, cerca de Jerusalem, ó en el Calvario; la una con la Sinagoga y la otra con la Iglesia.

Ismael hijo de Agar, es la figura del pueblo hebreo; Isaac hijo de Sara, es la figura del pueblo cristiano. La primera pues es la alianza de la servidumbre y del temor; y la otra es el pacto del amor y de la santa libertad de espíritu de los hijos de Dios.

Pero ademas de estos dos hijos, el uno de Agar y el otro de Sara, que figuran los dos testamentos, tuvo tambien Abraham otros hijos de Cétura con quien se casó despues de la muerte de Sara. Estos hijos que dió á Abraham su fecundidad milagrosa, participaban de su fé y de su esperanza; y sin embargo no fueron llamados á su herencia. Ellos nacieron en su casa; y sin embargo no quedaron en ella; ellos se vieron separados no solo de la herencia, sino tambien de la familia y de la casa de Isaac. Mas ellos hicieron poco aprecio de esta separacion; ellos no se afligieron, sino que se creyeron bastante dichosos y bastante ricos con las donaciones que Abraham les hizo; y fueron á

establecerse tranquilamente en diversas comarcas.

Si la Sinagoga es figurada por Ismael, y la Iglesia por Isaac, estos hijos de Cétura, procedentes tambien de Abraham, y que salen sin pena de la casa que los vió nacer, son la figura de los hereges de quienes nos dice S. Juan que salieron de entre nosotros, pero que no eran de los nuestros; porque si hubiesen sido de los nuestros hubiesen quedado con nosotros.

Los hereges son tambien hijos de Jesucristo; ellos nacieron en su casa, es decir en su Iglesia, supuesto que recibieron el bautismo; y el bautismo conferido por los hereges es un verdadero bautismo por el cual nace el hombre á Jesucristo y á la Iglesia, con tal que concurran la materia, la forma y la intencion que prescribe Jesucristo. Mas siéndoles conferido este bautismo por ministros que no pertenecen á la Iglesia, que no son la Iglesia, aun cuando ellos son hijos del verdadero Abraham, no lo son de Sara su verdadera esposa, sino de Cétura. Y siguiendo despues, cuando llega á la edad de la razon, á esos mismos ministros, á esos mismos pastores que están fuera de la Iglesia, salen ellos tambien voluntariamente de esta Iglesia en la que nacieron por el bautismo. Salen de la casa del verdadero Abraham, se separan de Isaac, y no tienen parte alguna en su herencia.

Abraham, dejando á los hijos de Agar y de Cétura donaciones ricas y preciosas, pero excluyéndolos de su legítimo patrimonio que reserva íntegro á Isaac, es la figura de Jesucristo que deja igualmente á los Judíos y á los hereges el tesoro de la Escritura sagrada, y las gracias necesarias para poder entrar en la Iglesia ó volver á ella; pero solo al verdadero Isaac, al hijo de Sara, es decir á los verdaderos fieles, á los hijos de la verdadera Iglesia es á quienes deja la filiacion divina, la confraternidad con él, el título real de Hijos de María, sus gracias especiales, su amor, su resurreccion y

su gloria que constituyen su verdadera herencia, su verdadero patrimonio.

Y los Judíos y los hereges se creen muy dichosos y muy ricos con la donacion particular que les haee de la Escritura sagrada. Con estos libros en la mano se glorían de ser los hijos, los herederos de Abraham, mientras que se han hecho extraños de todo punto al verdadero Abraham y á su herencia. Ellos dicen que pertenecen todavía á su casa, la cual abandonaron; y no solo no miran como una desgracia ni experimentan disgusto alguno al verse separados de Isaac con el que se participa de la herencia de Abraham; sino que se consideran aun mas ilustrados y mas ricos que él; se mofan de la sencillez de su fé y de la práctica de su piedad, y aun le persiguen, le odian y le detestan. Tales son en efecto, los sentimientos de los Judíos y de los hereges con respecto á los católicos. Pero doblemente desgraciados, porque lo son en efecto y porque no creen serlo! De qué les sirve tener en las manos el pan de la palabra de Dios, es decir, de la Escritura, si no tienen una madre, esto es, la Iglesia, que se lo divida y se lo parta, ó lo que es lo mismo, que se las aplique y se las ponga al alcance de cada uno de ellos? Ellos son esos hijos desgraciados anunciados por Jeremias, que con el pan á la vista se afligen y perecen de hambre, como si no lo tuviesen; porque no tienen la fuerza necesaria para partirlo, y les falta una madre que se los parta. Solos los católicos tienen esta madre. Invisiblemente ésta madre es María, que nos alcanza, nos divide y nos parte el pan cotidiano de la gracia, el pan vivo bajado del cielo, que no se encuentra mas que en Belen, ó en la *casa del pan*, es decir en María y con María que lo llevó en su seno. Visiblemente, esta Madre es la Iglesia que nos administra los sacramentos para fortificar nuestros corazones, nos enseña y nos explica la palabra de Dios y la verdadera

doctrina de los libros santos para ilustrar nuestras almas.

Aprendamos por esto, hermanos míos, nos dice San Pablo, á apreciar la singular prerrogativa que se nos concede de tener por Madre á la verdadera Sara, á la esposa libre y celestial del verdadero Abraham, es decir á la verdadera Iglesia de Jesucristo. Aprendamos á apreciar la dicha que se nos concede de ser los hijos únicos de la promesa, los únicos herederos de Abraham, los únicos verdaderos descendientes de Isaac.

Los Judíos, en la Escritura que veneran tienen continuamente ante los ojos este gran misterio; pero no lo entienden. Los verdaderos hijos, los herederos de Abraham, los que participan de las bendiciones prometidas á este Patriarca, no son por consiguiente los que descienden de él segun la carne, sino los que descienden en virtud de la promesa, no son los que tienen su carne y su sangre, sino los que tienen su espíritu y su fé. Asi, pues, aunque segun la carne los Judíos sean por Isaac, los descendientes de Abraham y de Sara, segun el espíritu lo son de Abraham y de Agar por Ismael, como lo enseña S. Pablo.

Por el contrario, nosotros los gentiles no descendemos, segun la carne, de Abraham, de Sara ni de Agar. Mas por nuestra vocacion milagrosa á la fé, figurada por el nacimiento de Isaac, nacimiento milagroso tambien, y fuera del órden natural, y porque en nosotros se ha cumplido la promesa hecha á Abraham de que *todas las naciones serían benditas en él*, somos los hijos del prodigio, los hijos de la promesa. Y supuesto que segun el espíritu somos los verdaderos hijos de Abraham, somos tambien el verdadero Isaac; porque Isaac es el verdadero hijo de Abraham en cuanto que es el hijo del milagro y de la promesa; y por lo mismo la herencia de Jesucristo, verdadero Abraham, nos pertenece toda entera. Tal es el contenido de las sublimes palabras de S. Pablo que hemos citado.

Mas si los Judios no entienden este misterio, los hereges lo entienden mal. Ellos piensan que basta creer en Jesucristo, haber recibido el bautismo y venerar la Escritura para pertenecer á su familia para ser contado en el número de sus hijos y participar de su divina herencia. Pero S. Pablo les confunde altamente cuando dice: No todos los que descienden de Israel son Israelitas; ni todos los que han nacido de la sangre de Abraham son sus hijos. Solos los hijos de Isaac son los verdaderos y legítimos descendientes de Abraham; es decir, que solos los hijos de la promesa son sus verdaderos hijos y componen su familia. Pero, cuál es esta promesa que nos hace distinguir, los verdaderos hijos de los que no lo son mas que de nombre? Escuchemos al Apóstol, pues en esto consiste todo el misterio, toda la importancia y el punto esencial de esta preciosa doctrina. La palabra de la promesa, añade S. Pablo, es esta: YO VOLVERE POR ESTE TIEMPO, Y SARA TENDRÁ UN HIJO. Es decir que el verdadero hijo de Abraham es solo el que tendrá milagrosamente de Sara, que será creado por Sara, y que crecerá bajo la custodia de Sara, la esposa legítima, la señora de la casa, para tener derecho á la herencia de Abraham. Y cuál es la significacion de esto? Es que no basta creer en Jesucristo, haber recibido el bautismo, y conservar su doctrina, ó la que se imagina ser suya; sino que es necesario tambien haber nacido en su Iglesia, ó renacer en ella, ó volver á ella, si se ha salido de ella; que es necesario vivir en la Iglesia, escucharla y obedecerla, supuesto que la herencia de Jesucristo solo se ha dividido entre los que están en su casa y pertenecen á su familia; entre los que son de su Iglesia y están en su Iglesia.

Cuán consoladora es esta doctrina para nosotros los católicos! Solos nosotros estamos en la verdadera Iglesia; y por lo mismo la herencia que Jesucristo nos dejó por su testamento hecho y estipulado en el Cal-

vario, no solo nos pertenece, sino que no pertenece mas que á nosotros; ninguno de los que están fuera de la Iglesia puede pretender la mas pequeña parte, mientras permanezca en tal estado. Y como una de las mas preciosas cláusulas de este patrimonio es la de ser hijos de María, solos nosotros los católicos somos hijos de esta tierna Madre. Nosotros solos vivimos en familia con ella, con Dios nuestro Padre y con Jesucristo nuestro Hermano. Aun cuando tengamos la desgracia de caer en el pecado (á no ser en el de la herejía) no por eso saldremos de la Iglesia, no por eso seremos arrojados de la verdadera casa de Jesucristo, en la que María tiene por hijos á todos aquellos que lo son de la Iglesia. Aun cuando en este estado seamos un objeto de odio para nuestro Padre y de aversión á nuestro Hermano, no por eso perdemos nuestros derechos á la compasion y al cuidado de nuestra Madre, que continúa siéndolo mientras pertenezcamos á la Iglesia. La division que existe entonces entre Dios y nosotros, entre Jesucristo y nosotros, es una division como entre padre ó hijo, entre hermano y hermano, es una division, una discordia doméstica, una discordia de familia, que los tiernos cuidados y el amor ingenioso de María, nuestra Madre comun, procura hacer cesar cuanto antes con sus súplicas y su intercesion, como nos lo enseña S. Bernardo. María es la Madre de Jesucristo y la nuestra; su corazon maternal no podrá sufrir que la discordia reine en su familia, que divida los hermanos y perpetúe la guerra entre sus propios hijos. Qué ventura tan inestimable es la nuestra por hallarnos en la Iglesia, como en una casa, en la que tenemos una Madre tan tierna y tan cariñosa por la salvacion de sus hijos! Si el hijo pródigo, dice el Abad Ruperto, hubiera tenido su madre viva, ó no se hubiera decidido jamas á alejarse de la casa paterna, ó hubiera vuelto á ella al momento. Esta

ventaja que no tuvo el hijo pródigo en la casa paterna, la tenemos nosotros en la verdadera casa de nuestro Padre celestial, en la Iglesia. En ella tenemos una Madre, tenemos á María que, como dice S. Antonio, habiendo tenido parte en el nacimiento de la Iglesia, no solo ejerce en ella el cargo de protectora, sino tambien el poder y la autoridad de Madre. Jesucristo, obediente y sumiso como un verdadero hijo, reconocia y respetaba en la tierra este poder y esta autoridad de María sobre él; y S. Juan Crisóstomo observa que en las bodas de Canaan, cuando parece que quiso reprender á María porque exigia de él un prodigio antes del tiempo señalado, le dió sin embargo á conocer que respetaba sus derechos maternales, supuesto que accedió prontamente á su peticion. Pues bien, si él respetó su autoridad materna en la tierra, no puede suponerse que deje de reconocerla en el cielo. Allí, en su cualidad de Madre del Altísimo, intercede ella por sus hijos; ella los salva, dice S. Juan Damasceno, por el derecho que este título de *Madre comun* le da para interceder por nosotros, y alcanzarlo todo de Jesucristo.

Ah! decia el devoto y sabio Belarmino, qué bien podrá faltarnos jamás en la Iglesia católica; y qué mal podrá sucedernos bajo la tutela, la proteccion y la defensa de una Madre tan tierna y tan poderosa? Reconozcamos, pues, el inmenso beneficio de que somos deudores á la gracia del Redentor. El nos ha hecho nacer en su Iglesia, en su familia, donde tenemos por Madre la propia madre de Dios. No necesitamos mas que recurrir á su proteccion, y colocar en ella nuestra confianza, y no hay tentacion que pueda vencerlos, no hay desgracia que pueda abatirnos, ni fuerza que pueda arrancarnos de su seno maternal; no hay, en fin, desastre alguno que pueda hacernos perecer. (*Vea la nota décima.*)

CAPITULO XI.

EN los dos capítulos anteriores hemos visto que estas palabras de Jesucristo: *Muger, hé ahí tu Hijo*, son una porcion de la herencia que nos dejó en forma de testamento, y que un legado tan precioso fué hecho particularmente á la Iglesia. Este testamento, este legado fué otorgado, no por un hombre cualquiera, sino por un hombre que es al mismo tiempo Dios, Redentor y Salvador de los hombres. Considerémosle, pues, bajo este último punto de vista, y veamos el efecto que debió producir y produjo realmente en el espíritu de María y en el de S. Juan la declaracion solemne que el testador divino hizo en él.

Observemos en primer lugar, que entre las numerosas diferencias que existen entre la palabra de Dios y la del hombre, es una que: la palabra de Dios tiene una virtud y una fuerza propia que la hace eficaz y fecunda, y que la del hombre nada puede por sí misma; que en sí es vana, estéril é infructuosa.

El hombre manifiesta por la palabra su voluntad, manda, dispone y decide; pero su palabra no tiene en sí misma autoridad alguna sino la recibe de Dios. Ella no tiene en manera alguna el poder de obrar sobre los espíritus, de dominar las voluntades, de dirigir los acontecimientos, de mudar los corazones, de remover los obstáculos ni de proporcionarse los medios ni los auxilios. El éxito en los fines que el hombre se propone depende, menos en las fuerzas naturales de la persona que habla, que del carácter de que está revestida, de las circunstancias que le rodean y de las disposiciones de los que le escuchan. Para Dios, por el contrario, hablar es lo mismo que obrar, crear y